

La muerte de Joaquín Giannuzzi

Santiago Sylvester

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo un sol de fuego.

Con estos versos, Antonio Machado contó hace casi cien años la escena repetida ahora en Campo Quijano, un pueblo de Salta, en Argentina. Y también fue exacto este comentario, del mismo poema:

Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio.

No estábamos en julio sino en enero (por eso mismo, en estas latitudes, bajo un sol de fuego), y el muerto era el poeta Joaquín Giannuzzi. Nadie dejó de advertir la ironía de que este hombre irremediablemente porteño, inseparable de la calle Corrientes, fuera a dejar sus huesos a 1.500 kilómetros de su amada Buenos Aires. Lo que en cambio no sonó sino a evidencia, fueron los titulares de los diarios argentinos: «Ha muerto uno de los grandes poetas del siglo XX».

No hay desmesura en esta afirmación periodística; la obra poética de Giannuzzi fue construyendo a lo largo de más de medio siglo, por vía de la precisión, una de las apuestas más intensas de la lengua. El hecho de que todavía no haya tomado estado público fuera de su país no debilita su valor; más bien revela una vez más el sesgo paradójico de la fama literaria: sus embates, acciones bursátiles, y las jugadas de eso que, para simplificar (vinculaciones, talento, estrategia y buena suerte), llamamos destino.

Interesa, entonces, acercar razones que fundamenten esa afirmación. En primer lugar, se trata de una poesía reflexiva (poesía de pensamiento, diría, si no fuera que toda poesía lo es), que recoge una definición que se dio el propio Giannuzzi en una entrevista: «soy un pensador discontinuo». Toda su poesía responde a esta categoría, pero su discontinuidad, desplegada con coherencia, terminó configurando una opinión escéptica sobre el mundo y un punto de vista sobre el lenguaje en el estado más bien lírico en que lo encontró. Pasados los años, su escepticismo se había vuelto casi un reflejo, con marcada propensión por la broma que desbarataba cualquier mal

humor, y nos devolvió un lenguaje pulido, austero, apto para lanzar sobre nosotros afirmaciones definitivas: La poesía no nace. / Está allí, al alcance / de toda boca / para ser doblada, repetida, citada / total y textualmente.// Poesía / es lo que se está viendo.

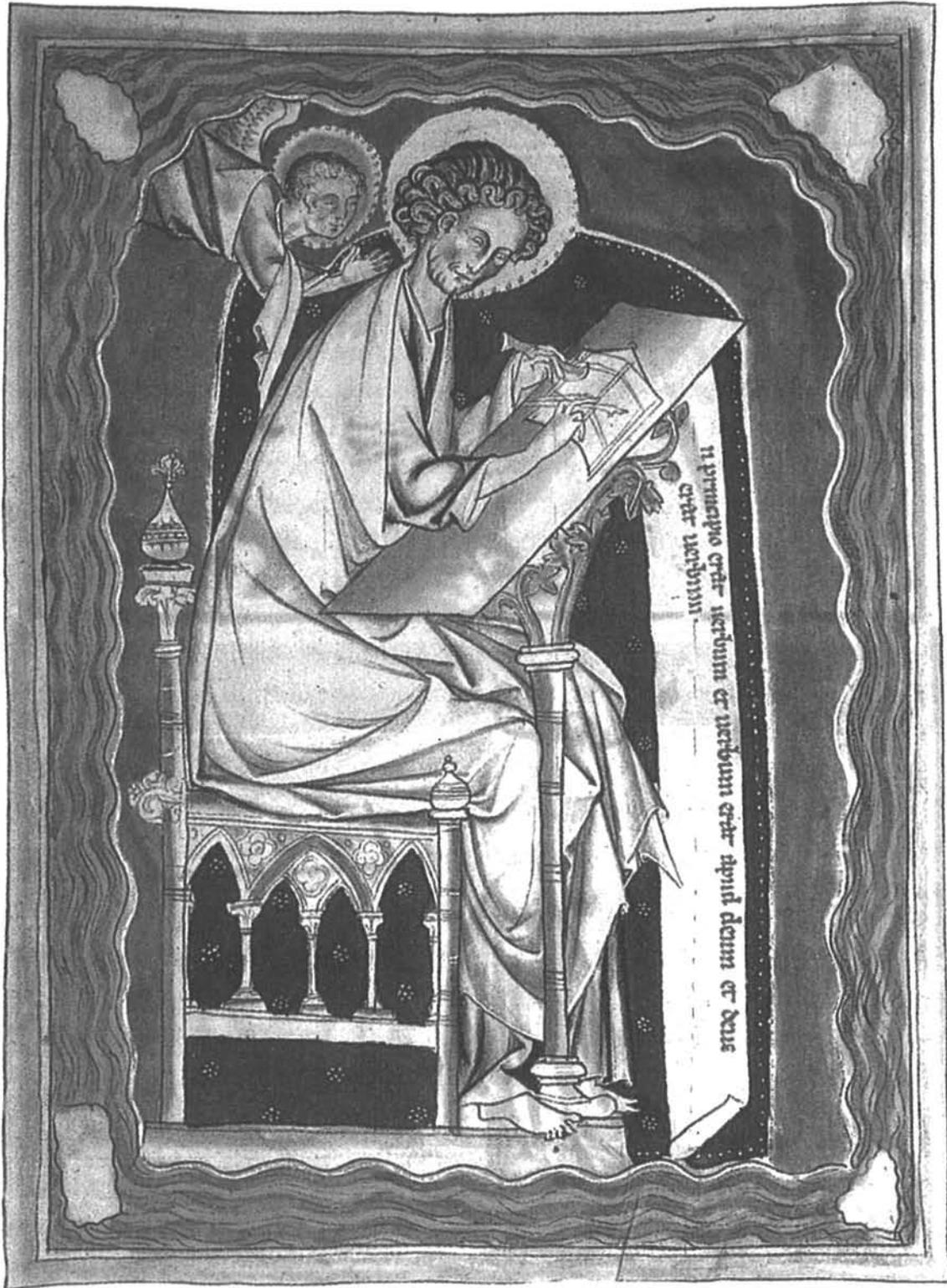
Peró no es sólo por el camino de las definiciones que nos propone una poética. En sus propios poemas está disuelta una propuesta, cuya versión aproximada podría ser enunciada así: la poesía debe ser escrita con un lenguaje elaborado, pero común, y sus asuntos son los de la vida diaria. No es ésta, como se sabe, una propuesta inédita: ya Gonzalo de Berceo quería «fer una prosa en roman paladino/ en cual suele el pueblo hablar a su vecino; y también la pasión del señor Sant Laurent / en roman, que lo pueda comprender toda gent». Pero, si no es nueva, es olvidada o desechada con frecuencia, por lo que es necesario que alguien, cada tanto, la formule de nuevo para «descargar» el lenguaje poético y corregir esta tendencia que, utilizando a Roland Barthes, llega a «saturar de estilo» la poesía.

Giannuzzi sabía de sobra que, por mucho que se haga, no será posible contar con un único lenguaje, que sirva, a la vez, para escribir poesía y para charlar con los amigos. Esto más bien empobrecería, no sólo la poesía, sino la lengua de uso diario. Por eso trabajó la intensidad del pensamiento, la precisión, el punto de vista infrecuente y diluyó todo esto en un magma seco que, sin embargo, estaba formado con los más variados jugos de la existencia. Porque si su poesía era formalmente seca, basada en palabras reflexivas, no estaba asentada, sin embargo, sobre el puro pensamiento, ni en una construcción mental, sino en experiencias densas, empastadas de vida. De ahí la cotidianeidad sorprendente de sus resultados.

En su primer libro, *Nuestros días mortales*, de 1958, ya está diseñado el plan literario; su trabajo principal consistirá en desmontar andamiajes, quitar adherencias y dejar que las palabras avancen directas a su objetivo: si se pudiera desmontar cada poema, destriparlo para ver qué contiene, seguramente veríamos que allí dentro hay un silogismo. Un silogismo conmovido, disuelto deliberadamente en imágenes, pero ávido de comprobación y conocimiento. Sus siguientes libros aportan títulos que sirven para entender mejor la apuesta de Giannuzzi, siempre atenta a la época, a los problemas temporales y también a los metafísicos, ya que para él eran la misma cosa, con un punto de unión donde el descreimiento no dejaba de revelar una fe: *Contemporáneo del mundo*, *Las condiciones de la época*, *Señales de una causa personal*, *Principios de incertidumbre*, *Violín obligado*, *Cabeza final*, *Apuesta en lo oscuro*, y finalmente ese último libro que, publicado un par de veces antes de su muerte, nos transmite una zozobra: *¿Hay alguien ahí?*

Fui amigo de Joaquín Giannuzzi más de treinta años. Solía veranear en Salta y, siendo yo de allí, nos encontrábamos no bien el calor lo expulsaba de Buenos Aires. Había nacido allí en 1924, de modo que al morir estaba a punto de cumplir ochenta años, un número redondo respetable que de ningún modo se reflejaba en su estilo: pesimista pero a la vez irónico. Recuerdo que, ya cuando lo conocí, tenía una versión elaborada de la condena metafísica: ésa que por sólo estar aquí tenemos que purgar. «Vivimos en un mundo condenado», decía a lo Kafka, aunque lo hacía con una especie de tremendismo juguetón, como si en vez de anunciar catástrofes estuviera diciendo una gracia; y como yo lo acusaba (era una acusación) de ser un pesimista profesional, concebimos la broma de que, cuando por fin muriera (cumpliendo así las más serias estadísticas), se levantaría de la tumba para decirnos: «¿Vieron que yo tenía razón?».

Es por esto que ahora, pasada la aflicción de su muerte, esta broma secreta me impide pensar en despedidas fúnebres: siempre espero que este pensador discontinuo, este gran poeta, aparezca para decirnos que la muerte es también una forma de tener razón.



San Juan el Evangelista escribiendo el Evangelio. Apocalipsis inglés de Lambeth. hacia 1260